

Miranda, protolíder de la independencia americana **de Alfonso Rumazo González**

Por *Lupe RUMAZO**

Para América Latina el siglo dieciocho es Miranda y el diecinueve, Bolívar; los dos incomparables, no comparables. En Europa, el 18-19 es Napoleón; para Francia, el 18 es Rousseau-Voltaire. Para los Estados Unidos, el 18 Washington y el 19 Lincoln. ¡A qué altura llegaron estos hombres; cómo le dignificaron al hecho de ser hombre!

Alfonso Rumazo González, Fijaciones

MÁS ALLÁ DE LO QUE LA LÓGICA pudiera estatuir es obra de razón histórica que el Consejo Nacional de Telecomunicaciones y el Ministerio de Infraestructura de Venezuela reediten la biografía *Franco de Miranda, protolíder de la independencia americana* de Alfonso Rumazo González.

Comunicador social fue Miranda en ese su apodíctico fervor por insuflar la América toda a través de redes de pensamiento plenas de leudo insurgente, criterio nuevo, libertad y revolución. De allí la forja de su inicial Plan Miranda y la Constitución por él ideada para una nación grande que cubriría desde el Mississippi hasta el Cabo de Hornos; sus posteriores Memoranda y Programa de Gobierno, todo presentado al gobierno inglés. Y el Acta de París, resultado de una Junta de Delegados de América, que le confiriera la representación de América y que su biógrafo considera “como el primer documento de unidad continental americana. Todo es global allí y todo viene señalado para un plan de acción verdaderamente gigante”. Serán así creadas bajo el dinámico empuje de Miranda y desde el tinglado de las logias masónicas las juntas de gobierno, a partir de 1808 —la de Montevideo el 21 de septiembre de ese año— y fundamentalmente en 1809 y 1810

* Escritora ecuatoriana, representante en Venezuela de la Sorbonne para la Literatura Comparada y miembro de la Sociedad Europea de Cultura; e-mail: <salzamora@movistar.net.ve>.

—Chuquisaca, La Paz, Quito, Caracas, Buenos Aires y Nueva Granada, en ese orden. Obra suya para tal propósito la acción sucesiva e insurgente ante los cabildos y ayuntamientos de América, determinante para ésa su creación. Y dentro de ese mismo fervor expansivo y comunicador el periódico *El Colombiano*, trabajado en unidad de Antepara y Manuel Cortés Compomanes, que “constituyó gran incitación a la revuelta contra España” y en el que señala en 1810: “Mi casa en esta ciudad —Londres—, como en cualquier otra parte, es y será siempre el punto fijo para la Independencia y libertadores del Continente Colombiano”. El diario *Colombeia*, memorioso registro, escritura viva que impulsa la acción, salvado más allá de los escollos todos e iniciado desde los veinte años de Miranda es para Rumazo González el “monumental archivo”, inigualado archivo, que habla de ese “irse naciendo” para la historia grande de Miranda y a la vez de América, también naciendo a su liberación; todo en fin suma que muestra esa titánica labra de comunicación libertaria, inagotable, sin hiato. Y ya en 1811 sus alocuciones en la Sociedad Patriótica y en el congreso, vibrantes, eruditas, “destinadas a declarar la independencia” y que determinan que la vida política de Miranda culmine luminosamente con el 5 de julio. Caracciolo Parra Pérez dirá “Miranda es, y merece serlo, ante todo, el hombre del 5 de julio”. Sus manifiestos y proclamas de 1812 de titánico empeño, el armisticio de julio de ese año, denotan así tanto el tremor de lo agónico como la ingente lucha que no decae y el convencimiento de quien inmerso en su circunstancia “quiere salvar la libertad” y se esfuerza por que todos lo sientan igual. En síntesis habla el inmenso historiador: “Nunca en la historia se realizó una obra de coordinación tan vasta y tan firme; jamás nadie logró sublevar a la vez tantas y tan extensas colonias contra una metrópoli. ¡Miranda debería tener grandes monumentos en todas y cada una de nuestras Repúblicas iberoamericanas!”.

Sin esa integral conspiración, nacida de recio empeño que no se agota nunca, no habría sido factible la hazaña de 1806, de la cual se cumplieron doscientos años, hazaña de ímpetu gigante y primera para la independencia de América. Hazaña en que se publican también las primeras proclamas y reluce por vez primera el tricolor mirandino. Ni habrían insurgido las juntas de gobierno, como he señalado, ni creándose las sociedades americanas, ni produciéndose en Venezuela el 19 de abril y su consecuencia el 5 de julio. Es así Miranda el líder primero de la independencia americana. Y por tanto protolider ya que entrega su existencia a tan gigante empeño. Alfonso Rumazo González

hace con su obra ese nuevo bautismo, mucho mayor y más auténtico y denso que el de precursor.

En hora en que pareciera tener lugar lo ya advertido por el biógrafo de que “en la vida hay dos rieles: por el uno va lo que uno hace; por el otro, lo que los otros intentan para destruir lo hecho”, pues no de otra manera pueden juzgarse ciertos criterios intencionados que ahora se escriben, difunden y exaltan es evidente que la ortodoxia proselitista prima sobre la antiortodoxia y el criterio manido sobre una conceptualización de mira mayor. Es así inconcebible que a este hombre de tres continentes: América, Europa y Asia; de tres tiempos por él renacientes; el pasado para conocerlo y subvertirlo, el presente para trabajar sobre él e innovarlo y el futuro para traspasarlo; el cosmopolita y gran venezolano de las hazañas de 1806 y de 1811; a este siempre americano que nunca pierde de vista al continente —vale subrayarlo— y que ata al Viejo Mundo con el Nuevo, en épica par de la de Colón; a este hombre de erudición mayor y lecturas sabias —García Bacca lo estudió en *Los clásicos griegos de Miranda*—, a este tan gigantesco mariscal de Francia como Generalísimo de América, se lo sitúe hoy específicamente —pero para denigrarlo en un episodio que afecta a su familia.

Se subrayan así las disputas que tuvieron los mantuanos con don Sebastián de Miranda, progenitor de Francisco de Miranda, por considerarlo indigno de ser capitán de la Compañía de Blancos Isleños de Caracas ya que se lo calificaba de “mulato, encausado, mercader, aventurero”.¹ Todo falaz y calumnioso aunque sí tenía una tienda de lienzos de Castilla y una panadería las que en término último se vio forzado a vender. Ante ese acosamiento que llegó a auténtico proceso, finalmente el rey Carlos III, en real despacho del 12 de septiembre de 1770 le dio la razón a don Sebastián de Miranda, amparándolo en “el goce de las expresadas preeminencias militares, sin permitir que se le moleste por ningún juez ni Justicias por el uso del bastón y uniforme”. Hoy se acentúa con morboso intencionado deleite este litigio y en aras de abajar al inmenso prócer Francisco de Miranda se lo nombra “hijo de la panadera”, en el sentido lato del término, pero también en el coloquial despectivo venezolano. La madre de Miranda, doña Francisca Antonia Rodríguez de Espinosa, de origen portugués y canario,² des-

¹ Ángel Grisanti. *El precursor Miranda y su familia*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional/Biblioteca Venezolana de Cultura, 1950 (col. *Andrés Bello*), p. 20.

² David W. Fernández anota textualmente lo siguiente: “Don Sebastián de Miranda Ravelo realizó información de limpieza de sangre y calidad suya y de su mujer, en Caracas el 1º de julio de 1769 ante el gobernador y capitán general, y carta ejecutoria de hidalguía

colló, según Ángel Grisanti, por su espíritu materno y por su catolicismo. Inés Quintero medra con esa historia menor desde la Academia Venezolana de la Historia.³ “Hay allí un falseamiento del hombre, ¡del grande hombre!”, diría Rumazo González. Es el énfasis del epíteto —“hijo de la panadera”— el que cala hondo y queda como marca-ción. Regresión histórica de la peor especie por lo mismo y regresión de cascarilla realista, que todavía piensa en genealogías y oficios, con ser Miranda justamente el que logra antes que nadie desbaratarlos. Y desconocimiento del lugar que ocupan en una historia global ciertos hechos y determinados documentos. Suceso del que deja constancia Alfonso Rumazo González, sin referirse al oficio de la madre de Miranda —tan poca importancia le da—, sino para mostrar más bien cómo la venta del negocio de Sebastián de Miranda incide en el patrimonio familiar y determina la partida del hijo Francisco a España. Y acota, al contrario, frente a tal pretensión mantuana: “Los tiempos coloniales incluían estas pequeñeces, de suyo ridículas, y en ellas quedaba enzarzado el propio rey”. ¡Hoy queda enzarzada una académica de la historia!

Y peor que eso, Inés Quintero, en su biografía intencionada y calculada de Miranda, farragosa en el documento colonial —quiere destacar en toda circunstancia a España: ¿para qué insurgir, entonces?—, no toma en cuenta la relevante acción de Miranda en la toma de Pensacola que determina su ascenso a teniente coronel; califica como de “desastrosa expedición y fallida ocasión” la hazaña de 1806, de la cual elimina olímpicamente el acto de creación de la bandera el 12 de marzo en el *Leander* por Miranda; no nombra, porque no cabe exaltar a tan extraordinario hombre, su posterior llegada triunfal en Portsmouth; no hace mención alguna de su acción en la creación de las juntas americanas a través de la masonería y apenas se refiere al 19 de abril de 1810, muy a pesar de que aun los periódicos ingleses reconocieron la participación de Miranda y el radial de perspectiva enorme que tal hecho histórico entregó; legitima los rechazos que tuvo el protolider en América con las razones conocidas, pero añade una suya increíble: “por las naturales suspicacias y reservas que despertaba su actuación en la Revolución Francesa”; reproduce y se suma a la inquina que manifestó Roscio contra Miranda, de la cual da cuenta también el maestro de la biografía Rumazo González pero él para repudiarla, nunca para

en Madrid el 28 de noviembre de 1772 ante el cronista rey de armas de Carlos III, don Ramón Zazo y Ortega”. David W Fernández, *La familia de Miranda*, Caracas. Ediciones del Instituto de Estudios Históricos Mirandino, 1972, p. 13

³ Inés Quintero, *Francisco de Miranda*, Caracas, El Nacional, 2006 (*Biblioteca Biográfica Venezolana*, vol. 25).

repetir aquello de “viejo chismoso e intrigante”, y menos para luego añadir sardónica-mente y en desplante, ya de labios de la señora Quintero, “a quien le sería entregada la dirección suprema de los ejércitos de la República”; titula uno de los capítulos de ese nefando volumen “La primera campaña militar de Miranda” refiriéndose a la de 1811 en Venezuela, a él, curtido héroe de Jemmapes, Valmy, a él, mariscal de campo y teniente general de Francia que está en el Arco del Triunfo; insiste en la figura de dictador, sin considerar que fue indispensable otorgársela y que Miranda recibió, como dice Rumazo González, “un ente agónico” que sin embargo lo determinó a la máxima entidad de lucha en favor de la independencia; elimina la batalla de La Victoria en la cual el protolider actuó en persona; justifica la capitulación de Miranda por los factores que han sido analizados, ya económicos, ya insurgentes realistas, ya por acción de la propia naturaleza, pero no insiste lo suficiente en las otras causales —traición, persecución y enemistad inauditas de los mantuanos— o en las señaladas por el propio Libertador y reproducidas por Rumazo González; calla la traición de Fernández Vinoni en la Plaza de Puerto Cabello, como después lo hará con la de Las Casas, comandante militar de La Guaira, que cobró por adelantado su perfidia y que produce la captura de Miranda, hecho que para su biógrafo mayores: “¡Tardía captura! ¡Ya la América hispana entera estaba sublevada, y esa gigantesca rebeldía la había creado y cultivado el glorioso prisionero de hoy en La Guaira, hasta volverla una guerra que terminará con la independencia!”. Para Inés Quintero, en cambio, conduce a un total “desencanto del líder de la experiencia libertadora, ya no piensa en la pacificación del continente y sí en su reunión con la Madre Patria”. Vanos, impotentes deseos, ya Bolívar desde Nueva Granada en seguimiento de lo pensado antes por Miranda penetra en territorio venezolano y entra con su Campaña Admirable, excepcional campaña para triunfar. Tanto como el Congreso de Tucumán, cinco días antes del deceso de Miranda justamente el 14 de julio de 1816 declara la independencia de las Provincias del Plata. O sea para Rumazo González, Miranda, el incitador mayor, el gigantesco protolider que logrará más tarde un triunfo plenario y que “no se cansará de ser eterno”, contradice la infamia de quien se atreve a decir que “la desaparición de sus restos guarda correspondencia con lo que fue el final de sus días”.

Pero no es solamente este caso actual, al cual habría respondido vigorosamente Alfonso Rumazo González como lo hago yo ahora. Hubo y hay otros porque “los enemigos inflexibles” de Miranda toman a resurgir. Así en su momento detuvo vigorosamente en dos puntos del

galeato de su biografía de Miranda el aquelarre desbordado, la verbo-rea y el aleph confundidos de Denzil Romero, el pomógrafo de Manuela Sáenz, con su *Tragedia del Generalísimo* y su *Grand Tour*. No, Miranda no podía ser ni el gran perdedor ni el Don Juan sin continencia. O como señala Alfonso Rumazo González en su tomo inédito *Fijaciones*, frente a otro dislate: “Todo un libro de una mujer —Miriam Blanco Fombona de Hood— para tratar de demostrar que Miranda fue ‘casado’ con Sara Andrews, su ama de llaves, en la que engendró dos hijos, Leandro y Francisco. ¡Torpezas del fanatismo religioso! Casado o no casado, con amante o con esposa, el Miranda histórico no cambia en absoluto”. O “he leído *El siglo de las luces visto por Francisco de Miranda*, por Josefina Rodríguez de Alonso. La historia entendida como suma de minucias y colección de anécdotas. ¡Cuánta pobreza, al fondo!”. Lo cual no obsta para que Rumazo González entregue una bibliografía de cerca de ochenta autores consultados y agote en suma su conocimiento de la obra de Miranda y en torno de Miranda.

Es ese Miranda histórico, real y fidedigno, el que rescatan el Consejo Nacional de Telecomunicaciones y el Ministerio de Infraestructura al reeditar el libro de Alfonso Rumazo González. Se ha tomado en cuenta que en esa extraordinaria biografía no sólo vive palpitante la historia y un personaje de tono mayor, sino un entramado de carácter antropológico y sociológico, o sea del hombre, la sociedad y la historia en unidad; una serie de puntualizaciones que nacen en Miranda pero que pertenecen a la historia de las ideas; un nuevo proyecto ideológico para América que posteriormente, con la Independencia, alcanzará la más auténtica de las vigencias; un proceso liberador que terminará siendo uno asuntivo, y sobre todo se ha captado que en el caso de Alfonso Rumazo González, maestro de la biografía americana, se ha hecho plausible aquello de “admirar es comprender”.

De otra manera no podría explicarse el galeato, al que ya me he referido y que antecede a la biografía de Miranda. Galeato o sea prólogopolémico —como lo hizo antes Simón Rodríguez con sus *Luces y virtudes sociales*—, pero a la vez iluminador y esclarecedor. Trae trece anotaciones sustantivas, con la advertencia de que deben ser para los iniciados, es decir para los no neófitos. Ha tenido que dominar el autor la historia americana y la historia mundial —la biografía se mueve en varios planos a la vez; conocer la esencia del hecho histórico; establecer la diferencia entre historia y biografía; entre ambas y la historia novelada; no ignorar las “nuevas normas del historiar”; transitar por los diversos procesos históricos e ideológicos; dominar las varias

ciencias con que lidia la biografía —sociología, psicología, filosofía, política y economía— para haber hecho de esa biografía no sólo la diferenciada de otras, sino la apuntalada justamente en vigas de conocimiento y de doctrina.

Cada una de esas trece anotaciones constituye aportación sobre Miranda, sobre América, sobre el proceso innovador que la Independencia trajo. Es Miranda el primer latinoamericano de captación continental el que emerge de esas páginas; el que crea un proyecto de Constitución para las colonias hispanoamericanas que engloba a todo el orbe americano en percepción integradora; el que hace posible la contrahistoria del descubrimiento; el que da identidad y nueva ideología al hombre de América, al que capta como plural, mestizo, diferenciado y soberano; el que se anticipa en la ideología libertaria e igualitaria a la propia Francia —“yo estaba consagrado a la Libertad mucho antes de que Francia pensara en ella”—, y aun condiciona su participación en el ejército revolucionario francés a la causa americana; y tanto, tanto más.

José Luis Romero en el liminar de su *Maquiavelo historiador* sustenta que “lo propio y distintivo de una obra histórica es, antes que todo y por sobre todo, su historicidad, esto es, su estructurada concepción historiográfica, su manera coherente de concebir la vida histórica”. Y otra condición: “la capacidad de comprensión de lo individual histórico”. Las dos han sido ampliamente asumidas por Alfonso Rumazo González. Las otras virtudes suyas y su criterio histórico dentro de la normativa más última son estudiadas por Lupe Rumazo en el ensayo que le dedica titulado “La biografía en Alfonso Rumazo González” y que viene a fuer de mirada aclaradora y afianzadora de estas páginas. No porque ellas lo requieran sino porque permite ver su obra en la concepción globalizante que para Alfonso Rumazo González tuvo la historia americana, especialmente en el lapso del proceso de independencia. Y sobre todo porque su biografía *Miranda, protolider de la independencia americana* forma parte de sus *8 grandes biografías*, o sea de un todo integral, de un mapa americano.

Y porque hay que ver, ya dentro de la historia de las ideas, cómo sostiene el gran biógrafo y analista de la historia que “la emancipación americana tuvo primero una teoría, creada por Miranda varios años antes de la guerra de liberación. Constaba esa teoría de dos partes: la estrictamente militar, fundamentada en la ayuda de Inglaterra y los Estados Unidos, en apoyo de las sublevaciones regionales, y la política administrativa”. Pero es teoría que avanza después a la soberanía. Por lo que sustenta:

El pensamiento de Miranda ya actuante como Generalísimo en su patria en 1812, y luego el de Bolívar, sobre cooperación entre vecinos, dentro del propio continente, porta una originalidad que para nosotros asume significado sustancial. Esto significa que quedó eliminado el peligro de una dependencia. Habíamos pasado de la dependencia española a la inglesa, para ser soberanos.

En suma independencia y soberanía plenas.

Tanto como establece que “la creación por Miranda de las diversas Juntas de Gobierno a través de toda América es el fermento inicial de la liberación”. Es por esto que en el ensayo “Historia latinoamericana e integración”, Alfonso Rumazo González dice textualmente:

Treinta años pasan a partir del momento en que el líder descubrió su sino histórico; ¡treinta años dedicados exclusivamente a incendiar el continente! Al término de ellos, el titán caerá prisionero y morirá en la cárcel de Cádiz. Lo extraordinario estuvo en que no actuó de manera desarticulada, en método anárquico. Su planteamiento fue integrador [...] La “ruptura colonial” empezó con Miranda y sus muchísimos seguidores [...] Fue así necesariamente un conjunto integrador.

Parecida idea de cohesión y entramamiento pero de carácter espacio-temporal entrega Mirandacuando anuda con su periplo ya en Estados Unidos, ya en Europa, ya en Rusia el pasado en el hoy. *Colombei* entrega la pátina de ese mirar suyo exhaustivo y que está a infinita distancia de cualquier regresión. Más bien al contrario, por lo que escribe Rumazo González: “Las notas de Miranda son un amplio curso de información culta. Miranda está en su ambiente: posa su huella sobre otras huellas, para pulsar la corriente del ayer, transfigurable en el hoy. ¡Ésa será su muy alta órbita! [...] El futuro revolucionario aparece, en este sentido, tradicionalista. ¿Y quién podría crear, sino cimentándose en la obra válida del pasado?”. “Hizo — en palabra del gran maestro Leopoldo Zea — del pasado un auténtico pasado y no un presente que no se decide a ser historia”. Asumió el tránsito del ser en el tiempo y del ser en la vida. Y en esa toma de conciencia ontológica se situó finalmente en el futuro.

Lo integrador conduce a un refrendamiento de lo humano y de lo continental. Hablan la antropología y lo político. Esto es captado plenamente por Alfonso Rumazo González en las dos vertientes:

Antes de tres años entrará al servicio de la Francia revolucionaria, como general en sus ejércitos; el motivo central de su servicio a la Revolución

será la independencia hispanoamericana; pero también operará su convicción, identificada con los principios rectores de la Declaración de los Derechos del Hombre. Creyó en ellos desde su paso por los Estados Unidos y, antes, a partir de sus estudios de los enciclopedistas dentro de la propia España. ¡Ahí está su credo; ésa es su impregnación.

De allí además su preocupación por el sistema carcelario y sus graves injusticias. Y al mismo tiempo una conciencia netamente continental: “Al renunciar a España, escoge una nacionalidad nueva, que aún está esclavizada: ¡América! Adopta esa ciudadanía de patria grande, hasta que le llegue la hora de reintegrarse a su patria: Venezuela. Toda su actividad y toda su obra serán, en adelante, por América. Emerge, así, para la historia, el primer latinoamericano de conciencia continental”.

Otro principio más que rector, consustancial de Miranda es el de la libertad. Y no sólo por la lucha inagotable por su América en ese sentido sino porque lo expresó siempre y desde mucho antes. Su biógrafo mayor lo destaca: “En Rusia no le tomaron a Miranda sino como político que podía despertar a España: no como líder de la teoría de la libertad”. Y en otro aparte comenta que al preguntarle al protolider el traidor Dumouriez si combatiría contra él, Miranda altivamente le repuso:

Sí, si vos atentáis contra la libertad [...] ¡Cuán respetable se haría la Francia el día en que abandonando todas sus conquistas, estipulase el bien de la humanidad y preparase las vías de propagar la sana libertad! [...] Y cuando hablo de libertad, no es esa especie de libertad que Robespierre, Sieyés y Fouché pretendieron establecer; sino el tipo de libertad que Montesquieu y Locke han explicado muy claramente. Y cuando hablo de justicia, no me refiero al género de justicia que Danton y Merlin nos dieron en Francia [Es decir libertad y justicia desde la razón].

Este hombre histórico gigantesco, con conciencia histórica además —tal su diario, memorial de tres tiempos: pasado, presente y futuro—, que cumplió indefectiblemente con su destino al que entregó la vida misma, fue no sólo el libertario, el integrador, el de ímpetu continental americano —dentro de ese proyecto de independencia pensó aun en el Brasil, el defensor de los derechos humanos, el creador de una teoría, pensamiento y praxis emancipadores, por tanto con identidad nueva para América; el de cultura con preocupaciones ontológicas, ese hombre fue alguien “a quien la historia llamará el revolucionador de todo un continente”. Así lo asume con plenitud de sustancia Alfonso Rumazo González. Miranda captó y luego realizó en seguimiento de lo que aho-

ra señala Lefebvre en relación con la Revolución Francesa: “la categoría de *posible* en la historia misma y de hecho en la metodología histórica”. Es decir, “introducir la parte de relativismo, de novedad de la historia, de inagotabilidad”. Y “la historia de los acontecimientos queda entonces supeditada a una historicidad más profunda, que se revela poco a poco con la realización de los posibles y el advenimiento de nuevos posibles, en el curso de esta misma realización”. Esto es sustentar que Miranda —lo hace Alfonso Rumazo González en su magnífica biografía— pudo, por esa creación única de novedad en ser—en este caso en el ser histórico americano—, sembrar y luchar por la mayor de las innovaciones: la revolución en todo el continente —ya señalada— y aportar con ello un panorama inédito, de paso grande y, como explica García Bacca, capaz de constituirse en “surtidor de novedades, anonadador de lo que era; material ontológicamente radiactivo”. Tal Miranda, protolider de la América íntegra.

BIBLIOGRAFÍA

- Fernández, David W., *La familia de Miranda*, Caracas, Ediciones del Instituto de Estudios Históricos Mirandino, 1972.
- García Bacca, Juan David, *Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado*, Mérida, Universidad de los Andes, 1967.
- Grisanti, Ángel, *El precursor Miranda y su familia*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional/Biblioteca Venezolana de Cultura, 1950 (col. *Andrés Bello*).
- Lefebvre, Henri, *Estructuralismo y política*, Buenos Aires, La Pléyade, 1973.
- Quintero, Inés, *Francisco de Miranda*, Caracas, El Nacional, 2006 (*Biblioteca Biográfica Venezolana*, vol. 25).
- Romero, José Luis, *Maquiavelo historiador*, Buenos Aires, Nova, 1943.
- Rumazo González, Alfonso, *Miranda, protolider de la independencia americana*, Los Teques, Biblioteca de autores y temas mirandinos, 1985 (col. *Ambrosio Plaza*).
- Zea, Leopoldo, *La filosofía como compromiso de liberación*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991 (col. *Clásica*, vol. 160).